

OPRESIÓN Y LIBERTAD

SIMONE WEIL

OPRESIÓN Y LIBERTAD

Traducción de
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Oppression et liberté*

© Éditions Gallimard, 1955

© de la traducción, Luis González Castro

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.

Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona

www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición: junio de 2020

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-949992-7-7

Depósito legal: C-448-2020

ÍNDICE

Nota a la presente edición	9
OPRESIÓN Y LIBERTAD	11
Perspectivas. ¿Nos dirigimos hacia la revolución proletaria?	13
Reflexiones sobre la tecnocracia, el nacionalsocialismo, la URSS y algunos otros asuntos	51
Sobre el libro de Lenin <i>Materialismo y empiriocriticismo</i>	59
Fragmentos, 1933-1938	71
Examen crítico de las ideas de revolución y progreso	87
Meditación sobre la obediencia y la libertad	97
Sobre las contradicciones del marxismo	107
Fragmentos, Londres, 1943	121
¿Existe una doctrina marxista?	143
Índice onomástico	185

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Se incluyen en este volumen los textos de Simone Weil de crítica social y política que, en la edición original en francés, publicada por Gallimard en 1955, acompañaban al ensayo *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* (1934), un escrito que la propia autora consideró durante mucho tiempo como uno de sus principales trabajos. Dicho ensayo ha sido publicado desde entonces de forma independiente por Gallimard, de modo que, lamentablemente, no ha sido posible incluirlo en esta edición en castellano. Sin embargo, el lector encontrará aquí, entre otras valiosas reflexiones políticas y sociales, lo que parece ser una versión posterior del mencionado texto (titulado en este caso «Examen crítico de las ideas de revolución y progreso»), así como los pasajes sobre el marxismo que servirían a Raymond Aron de lema para su célebre *El opio de los intelectuales*.

En el conjunto de los ensayos, la autora nos ofrece un análisis de la libertad y de la opresión política y social, de sus causas permanentes, sus mecanismos y sus

formas contemporáneas, todo ello con el hilo común de una preocupación esencial por la injusticia.

La obra permanecía inédita en España hasta la fecha, puesto que, en castellano, fue publicada en Argentina en 1957 por Editorial Sudamericana, en una edición hace ya largo tiempo descatalogada. Todos los textos han sido nuevamente traducidos para la ocasión.

OPRESIÓN Y LIBERTAD

PERSPECTIVAS:
¿NOS DIRIGIMOS HACIA
LA REVOLUCIÓN PROLETARIA?¹

Desprecio al mortal que se anima
con esperanzas vanas.

SÓFOCLES, *Áyax*

Ha llegado el momento previsto hace ya largo tiempo en que el capitalismo está a punto de ver detenido su desarrollo por límites infranqueables. Independientemente de cómo se interprete el fenómeno de la acumulación, está claro que el capitalismo significa esencialmente expansión económica, y que la expansión capitalista no está lejos de la hora en que chocará con los límites mismos de la superficie terrestre. Sin embargo, jamás ha habido menos signos premonitorios del advenimiento del socialismo. Nos encontramos en un período de transición, pero ¿de transición hacia qué? Nadie tiene la menor idea. Y más sorprendente aún es la inconsciente seguridad con que nos instalamos en la transición como si esta fuera un estado definitivo; tanto es así que las consideraciones referentes a la crisis del régimen se han

1. Publicado originalmente en *La Révolution prolétarienne*, n.º 158, 25 de agosto de 1933.

convertido casi por doquier en lugares comunes. Ciertamente, uno siempre puede creer que el socialismo llegará pasado mañana y hacer de esta creencia un deber o una virtud. Mientras lo esperemos diariamente para pasado mañana, tendremos la seguridad de no vernos desmentidos. Pero ese estado de ánimo no es muy distinto al de esas buenas gentes que creen, por ejemplo, en el Juicio Final. Así pues, si queremos atravesar virilmente esta época sombría, nos abstendremos, como el Áyax de Sófocles, de reconfortarnos con esperanzas vanas.

A lo largo de toda la historia, los hombres han luchado, sufrido y muerto para emancipar a los oprimidos. Y sus esfuerzos, cuando no han sido vanos, nunca han tenido otro resultado que el de reemplazar un régimen de opresión por otro. Marx, que llamó la atención sobre ello, creyó poder establecer científicamente que hoy es distinto, y que la lucha de los oprimidos conduciría ahora a una verdadera emancipación y no a una nueva opresión. Y es esta idea, que ha permanecido entre nosotros como un artículo de fe, la que tendría que ser examinada de nuevo, a menos de queramos cerrar sistemáticamente los ojos ante los acontecimientos de los últimos veinte años. Evitémonos las desilusiones de aquellos que, habiendo luchado por la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, se encontraron un buen día con que, como dice Marx, habían obtenido Infantería, Caballería y Artillería. Ahora bien, ellos pudieron ex-

traer alguna enseñanza de las sorpresas de la historia; más triste es la suerte de quienes perecieron en 1792 o 1793, en las calles o en las fronteras, con la convicción de que, a cambio de sus vidas, obtenían la libertad del género humano. Si hemos de perecer en las futuras batallas, preparémonos de la mejor forma posible para perecer con una visión clara del mundo que dejaremos tras nosotros.

La Comuna de París no solo ofrece un ejemplo del poder creador de las masas obreras en movimiento, sino también de la incapacidad radical de un movimiento espontáneo cuando se trata de luchar contra una fuerza organizada de represión. Agosto de 1914 marcó la quiebra de la organización de las masas proletarias, tanto en el terreno político como en el sindical, dentro del marco del régimen. Desde ese momento, hubo que abandonar de una vez por todas la esperanza que esa forma de organización despertaba no solo en los reformistas sino también en Engels. En cambio, octubre de 1917 abrió nuevas y radiantes perspectivas. Por fin se había encontrado el modo de vincular la acción legal con la ilegal, el trabajo sistemático de los militantes disciplinados con la efervescencia espontánea de las masas. En todo el mundo debían formarse partidos comunistas a los que el partido bolchevique comunicaría sus conocimientos; debían reemplazar a la socialdemocracia, que ya en agosto de 1914 había sido descrita por Rosa Luxemburgo como un «cadáver pestilente», y que no tardaría

en desaparecer de la escena histórica; debían adueñarse del poder en un corto plazo. El régimen político creado espontáneamente por los obreros de París en 1871, y luego por los de San Petersburgo en 1905, debía establecerse firmemente en Rusia y cubrir muy pronto la superficie del mundo civilizado. Ciertamente es que el aplastamiento de la Revolución rusa por una brutal intervención del imperialismo extranjero podía destruir esas brillantes perspectivas, pero, a menos que tal aplastamiento tuviera lugar, Lenin y Trotski estaban seguros de introducir en la historia precisamente esa serie de transformaciones y no otra.

Quince años han transcurrido. La Revolución rusa no ha sido aplastada. Sus enemigos interiores y exteriores han sido vencidos. Pero en ningún lugar de la superficie del globo, incluido el territorio ruso, hay sóviets; en ningún lugar, incluido una vez más el territorio ruso, hay un partido comunista propiamente dicho. El «cadáver pestilente» de la socialdemocracia ha continuado corrompiendo la atmósfera política durante quince años, algo que difícilmente puede hacer un cadáver; si al final este ha sido barrido en gran medida, lo ha sido por el fascismo y no por la revolución. El régimen surgido de Octubre, y que debía extenderse o perecer, se ha adaptado muy bien durante quince años a los límites fijados por las fronteras nacionales; su papel en el exterior consiste ahora, tal como muestran claramente los acontecimientos de Alemania, en estrangular la lucha re-

volucionaria del proletariado. La burguesía reaccionaria se ha dado cuenta de que está próxima a perder toda su fuerza de expansión, y se pregunta si, en previsión de guerras futuras, no puede valerse de dicho régimen pactando con él alianzas defensivas y ofensivas.² A decir verdad, si tal régimen se asemeja al que Lenin creía estar instaurando, lo hace en la medida en que excluye casi íntegramente la propiedad capitalista; pero en todo lo demás representa exactamente lo contrario: en lugar de una efectiva libertad de prensa, lo que tenemos es la imposibilidad de expresar un juicio libre en forma de documento impreso, o mecanografiado, o manuscrito, o incluso mediante la simple palabra, sin correr el riesgo de deportación; en lugar del libre juego de los partidos en el marco del sistema soviético, lo que tenemos es «un partido en el poder y todos los demás en la prisión»; en lugar de un partido comunista destinado a reunir, en aras de la libre cooperación, a los hombres que posean el mayor grado de abnegación, conciencia, cultura y espíritu crítico, lo que existe es una simple máquina administrativa, un instrumento pasivo en manos del Secretariado, y que según el mismo Trotski lo único que tiene de partido es el nombre; en lugar de sóviets, sindicatos y cooperativas que funcionen de forma democrática y dirijan la vida económica y política, hay organismos que, a decir verdad, tienen los mismos nombres

2. Cf. el *Deutsche Allgemeine Zeitung* del 27 de mayo.

pero han sido reducidos a simples aparatos administrativos; en lugar del pueblo armado y organizado en milicias para asegurar por sí solo la defensa exterior y el orden interno, hay un ejército permanente, una policía no controlada y cien veces mejor armada que la de zar; por último, y por encima de todo, en lugar de funcionarios electos, siempre controlados, siempre destituibles, que debían asegurar el funcionamiento del gobierno a la espera del día en que «cada cocinero aprenda a gobernar el Estado», existe una burocracia permanente, irresponsable, reclutada mediante cooptación, y que, debido a la concentración en sus manos de todos los poderes económicos y políticos, tiene un poderío hasta ahora desconocido en la historia.

Por su novedad misma, semejante régimen es difícil de analizar. Trotski persiste en decir que se trata de una «dictadura del proletariado», de un «Estado obrero», si bien con «deformaciones burocráticas», y que, en relación con la necesidad que tal régimen tiene de extenderse o perecer, Lenin y él se equivocaron únicamente en lo que respecta a los plazos. Pero cuando un error cuantitativo alcanza tales proporciones, es razonable pensar que se trata en realidad de un error cualitativo, es decir, relativo a la naturaleza misma del régimen cuyas condiciones de existencia deben definirse. Además, hablar de «Estado obrero», cuando a continuación se dice que todos los obreros están política y económicamente a entera discreción de una casta burocrática,

parece una broma de mal gusto. En cuanto al término «deformaciones», está singularmente fuera de lugar para referirse a un Estado cuyas características son exactamente opuestas a las asociadas teóricamente con un Estado obrero, y parece implicar que el régimen estalinista sería una especie de anomalía o enfermedad de la Revolución rusa. Pero la distinción entre lo patológico y lo normal no tiene valor teórico. Descartes dijo que un reloj averiado no es una excepción a las leyes del reloj, sino un mecanismo distinto que obedece sus propias leyes; y así hay que considerar al régimen estalinista: no como un Estado obrero deformado, sino como un mecanismo social diferente, definido por los engranajes que lo componen, y que funciona de acuerdo con la naturaleza de esos engranajes. Mientras que los engranajes de un Estado obrero consistirían en las organizaciones democráticas de la clase obrera, los engranajes del régimen estalinista consisten exclusivamente en las piezas de una administración centralizada, de la que depende por completo toda la vida económica, política e intelectual del país. Para tal régimen, el dilema «extenderse o perecer» no solo ha perdido ya su validez, sino que además carece de sentido; el régimen estalinista, en cuanto sistema de opresión, es tan poco contagioso como podía serlo el Imperio para los países vecinos de Francia. Y la opinión según la cual dicho régimen estalinista constituiría una simple transición, ya sea hacia el socialismo o hacia el capitalismo, parece igualmente arbitraria. Es

obvio que la opresión de los obreros no constituye una etapa hacia el socialismo. La «máquina burocrática y militar» que representaba, a ojos de Marx, el verdadero obstáculo a la posibilidad de una marcha continua hacia el socialismo, una marcha mediante la simple acumulación de reformas sucesivas, no ha perdido obviamente esa característica de obstáculo por el hecho de que, al contrario de lo previsto, sobreviva a la economía capitalista. En cuanto a la restauración del capitalismo, que solo podría producirse como una especie de colonización, no es en absoluto imposible, dadas la codicia de todos los imperialismos y la debilidad económica y militar de la URSS. No obstante, las rivalidades entre los diversos imperialismos han impedido hasta ahora que el equilibrio de fuerzas resulte aplastante para Rusia. En cualquier caso, la burocracia soviética no se mueve hacia la capitulación, así que el término «transición» sería de todas maneras inadecuado. Nada permite decir que la burocracia del Estado ruso esté preparando el terreno para una dominación distinta a la suya propia, ya se trate de la dominación del proletariado o de la burguesía. En realidad, las embarazosas explicaciones de los militantes formados por el bolchevismo, esas mediante las que intentan no afrontar la falsedad radical de las perspectivas planteadas en octubre de 1917, reposan en el mismo prejuicio que dichas perspectivas, es decir, en la afirmación, considerada como un dogma, de que hoy solo puede haber dos tipos de Estado, el capitalista y el obrero. Tal

dogma es desmentido de la forma más brutal por el desarrollo del régimen surgido de Octubre. Ningún Estado obrero ha existido jamás sobre la superficie de la tierra, salvo durante algunas semanas en París, en 1871, y quizá algunos meses en Rusia, en 1917 y 1918. En cambio, desde hace unos quince años, reina sobre una sexta parte del globo un Estado tan opresivo como cualquier otro, y que no es ni capitalista ni obrero. Ciertamente, Marx no previó nada similar, pero amamos la verdad incluso más de lo que amamos al propio Marx.

El otro fenómeno capital de nuestra época, es decir, el fascismo, no encaja más fácilmente que el Estado ruso en los esquemas del marxismo clásico. Por supuesto, también en este caso existen lugares comunes que pueden evitarnos la penosa obligación de reflexionar. Del mismo modo que la URSS sería un «Estado obrero» más o menos «deformado», el fascismo sería un movimiento de masas pequeñoburguesas que se basaría en la demagogia y que constituiría «la última carta que le queda a la burguesía antes del triunfo de la revolución». Y es que la degeneración del movimiento obrero ha llevado a los teóricos a representar la lucha de clases como un duelo, o como un juego entre *partenaires* conscientes, y cada acontecimiento social o político como una maniobra de uno de los *partenaires* —concepción que tiene tanta conexión con el materialismo como la mitología griega—. Existen círculos restringidos de grandes financieros, de grandes industriales, de políticos reac-

cionarios que defienden conscientemente lo que consideran los intereses políticos de la oligarquía capitalista, pero son incapaces tanto de impedir como de suscitar, o incluso dirigir, un movimiento de masas como el fascismo. De hecho, a veces lo han ayudado y a veces lo han combatido, han tratado vanamente de convertirlo en un instrumento dócil y han terminado por capitular ante él. Es cierto que la presencia de un proletariado exasperado hace que, para ellos, esta capitulación resulte un mal menor. Sin embargo, el fascismo es algo muy distinto a una última carta que les queda por jugar. Al respecto, es significativa la brusquedad con la que Hitler, a pesar de las protestas de Krupp, despidió a Hugenberg como si este fuera un sirviente. No hay que olvidar tampoco que el fascismo pone fin radicalmente a ese juego de partidos nacido del régimen burgués y que ninguna dictadura burguesa, incluso en tiempos de guerra, había suprimido hasta ahora; y que instala en su lugar un régimen político cuya estructura es más o menos la del régimen ruso según lo definió Tomski: «Un partido en el poder y todos los demás en la prisión». Y hay que añadir que la subordinación mecánica del partido al líder es la misma en ambos casos y está asegurada también en ambos por la policía. Pero la soberanía política no es nada sin la soberanía económica; por eso el fascismo tiende a aproximarse al régimen ruso también en el terreno económico mediante la concentración de todos los poderes, tanto políticos como económicos, en las

manos del jefe de Estado. Ahora bien, en ese terreno, el fascismo se topa con la propiedad capitalista que no quiere destruir. Hay ahí una contradicción que no se ve bien adónde puede llevar. En cualquier caso, así como el mecanismo del Estado ruso no puede explicarse por simples deformaciones, tampoco esta contradicción esencial del movimiento fascista puede explicarse por la simple demagogia. Lo cierto es que, si bien el fascismo italiano únicamente logró la concentración del poder político tras largos años que agotaron su impulso, el nacionalsocialismo, por el contrario, ha alcanzado el mismo resultado en menos de seis meses, conserva aún una inmensa energía y tiende a ir mucho más lejos. Como muestra claramente un informe de una importante sociedad anónima alemana —que *L'Humanité* citó sin percibir su significado—, la burguesía se inquieta ante la amenaza de control estatal. Y, efectivamente, Hitler ha creado organismos con plenos poderes para condenar a obreros o patronos a diez años de trabajos forzados y confiscar las empresas.

Se intenta en vano encajar el nacionalsocialismo a cualquier precio en el esquema del marxismo, encontrar en el seno del movimiento una forma encubierta de lucha de clases entre unas bases instintivamente socialistas y unos líderes que representarían los intereses del gran capital y tendrían como tarea engañar a las masas mediante una habilidosa demagogia. Para empezar, nada permite afirmar con certeza que Hitler y sus

lugartenientes, cualesquiera que sean sus vínculos con el capitalismo monopolista, son simples instrumentos. Y, sobre todo, la orientación de las masas hitlerianas, si bien es violentamente anticapitalista, no es en absoluto socialista, no más que la propaganda demagógica de los líderes, puesto que se intenta poner la economía no en manos de productores agrupados en organizaciones democráticas, sino en manos del aparato estatal. Sin embargo, por mucho que la influencia de los reformistas y de los estalinistas haya hecho olvidar esto hace ya largo tiempo, lo cierto es que el socialismo consiste en la soberanía económica de los trabajadores, no de la maquinaria burocrática y militar del Estado. Por lo tanto, eso que se llama el ala «nacional-bolchevique» del movimiento hitleriano no es en modo alguno socialista. De ahí que ninguno de los dos fenómenos políticos que dominan nuestra época pueda encuadrarse en el marco tradicional de la lucha de clases.

Lo mismo ocurre con toda una serie de movimientos contemporáneos surgidos en la posguerra y notables por sus afinidades tanto con el estalinismo como con el fascismo. Tal es el caso, por ejemplo, de la revista alemana *Die Tat*, que reúne a una pléyade de jóvenes y brillantes economistas y que, al tiempo que está sumamente cerca del nacionalsocialismo, considera que la URSS es el modelo para el Estado futuro, con la casi abolición de la propiedad privada; de hecho, aboga hoy por una alianza militar entre Rusia y la Alemania de Hi-

tlar. En Francia tenemos algunos círculos, como el de la revista *Plans*, donde se encuentra una ambigüedad semejante. Pero el más significativo a este respecto es el movimiento tecnocrático que, según se dice, ha cubierto en breve tiempo la superficie de los Estados Unidos; sabemos de él que preconiza, dentro de los límites de una economía nacional cerrada, la abolición de la competencia y de los mercados y una dictadura económica ejercida soberanamente por los técnicos. Este movimiento, que ha sido a menudo comparado con el estalinismo y el fascismo, tiene mayor alcance, puesto que parece influir en el círculo de intelectuales de Columbia que actualmente asesora a Roosevelt.

Tales corrientes de ideas son algo absolutamente nuevo y confieren a nuestra época su carácter propio. Además, el período actual, si bien confuso y rico en corrientes políticas de toda clase, antiguas y nuevas, parece carecer únicamente de ese movimiento mismo que, según las previsiones, debería constituir su carácter esencial, a saber: la lucha por la emancipación económica y política de los trabajadores. Hay, dispersos aquí y allá, y desunidos por oscuras querellas, algunos viejos sindicalistas y comunistas sinceros; hay también pequeñas organizaciones que han conservado casi intactas las consignas socialistas. Pero el ideal de una sociedad gobernada en el terreno económico y el político por la cooperación de los trabajadores apenas guía a ningún movimiento de masas, ya sea espontáneo u organizado,

y esto ocurre en el momento mismo en que, por doquier, tan solo se habla de la bancarrota del capitalismo.

Ante este estado de cosas, si queremos afrontar la realidad, debemos preguntarnos si el sucesor del régimen capitalista no terminará siendo, más que la libre asociación de los productores, un nuevo sistema de opresión. Al respecto, y a modo de mera hipótesis, quisiera presentar una idea al examen de los camaradas. Por expresarla con brevedad, podemos decir que la humanidad ha conocido hasta la fecha dos formas principales de opresión: una —la esclavitud o servidumbre— ejercida en nombre de la fuerza armada y otra ejercida en nombre de la riqueza transformada en capital; lo que debemos averiguar es si en este momento no se estarán viendo sucedidas por una opresión de un nuevo tipo, la opresión ejercida en nombre de la función.

* * *

La lectura misma de Marx muestra claramente que, hace medio siglo, el capitalismo ya había sufrido modificaciones profundas y de tal naturaleza que podían transformar el mecanismo de la opresión. Esta transformación no ha hecho más que acentuarse desde la muerte del autor, y a un ritmo particularmente acelerado en el período de posguerra. Ya en la obra de Marx vemos que el fenómeno que define el capitalismo, a saber, la compra y venta de la fuerza del trabajo, se ha convertido,

durante el desarrollo de la gran industria, en un factor secundario para la opresión de las masas trabajadoras; el momento decisivo, en lo que atañe a la esclavización del trabajador, ya no es aquel en que, en el mercado laboral, el obrero vende su tiempo al patrón, sino aquel en que, apenas franqueado el umbral de la fábrica, es atrapado por la empresa. Ya conocemos las terribles fórmulas de Marx al respecto:

En la artesanía y la manufacturación, el trabajador se sirve de la herramienta; en la fábrica, está al servicio de la máquina.

En la fábrica existe un mecanismo muerto, independiente de los obreros, al que estos son incorporados como engranajes vivientes.

Solo gracias al maquinismo el trastrocamiento [de la relación entre el trabajador y las condiciones de trabajo] se convierte en una realidad que puede ser captada en la técnica misma.

La separación entre el trabajo manual y las fuerzas espirituales del proceso de producción, y la transformación de estas en fuerzas de la opresión ejercida por el capital sobre el trabajo se logra plenamente [...] en la gran industria construida sobre la base del maquinismo. El detalle del destino individual [...] del obrero que trabaja

en la máquina desaparece como algo mezquino ante la ciencia, las formidables fuerzas naturales y el trabajo colectivo que han cristalizado en el sistema de máquinas y que constituyen el poder del amo.

Si se deja a un lado la manufactura, que puede considerarse como una simple transición, podemos decir que la opresión de los trabajadores asalariados —fundada esencialmente en las relaciones de propiedad e intercambio en la época de los pequeños talleres— se ha transformado por obra del maquinismo en un simple aspecto de las relaciones que conlleva la propia técnica de producción. A la oposición, creada por el dinero, entre compradores y vendedores de la fuerza de trabajo, se ha agregado otra oposición, creada por los propios medios de producción, entre quienes disponen de la máquina y quienes están a disposición de la máquina. La experiencia rusa ha mostrado que, contrariamente a lo que Marx dio por sentado con demasiada rapidez, la primera de estas oposiciones puede ser suprimida sin que desaparezca la segunda. En los países capitalistas coexisten ambas oposiciones, y tal coexistencia crea una confusión considerable. Los hombres que se venden al capital y los que sirven a la máquina son los mismos; en cambio, los que disponen del capital y los que dirigen la empresa no son siempre los mismos.

De hecho, existía hasta hace poco una categoría de obreros que, aun siendo asalariados, no eran simples

engranajes vivientes al servicio de la máquina, sino que, por el contrario, ejecutaban su trabajo utilizando las máquinas con tanta libertad, iniciativa e inteligencia como el artesano que maneja su herramienta; me refiero a los obreros cualificados. Pues bien, esta categoría de obreros que, en cada empresa, constituía el factor esencial de la producción ha sido suprimida poco a poco por la racionalización; ahora, un regulador se encarga de organizar una cierta cantidad de máquinas según las exigencias del trabajo que debe ejecutarse, y el trabajo lo realizan bajo sus órdenes peones especializados, capaces de operar un tipo de máquina, y solo uno, con movimientos siempre idénticos en los que no interviene en absoluto la inteligencia. Así pues, la fábrica se halla hoy dividida en dos campos claramente delimitados: a un lado, quienes ejecutan el trabajo sin participar activamente en él; al otro, quienes dirigen el trabajo sin ejecutar nada. Entre estas dos partes de la población de una empresa, la propia máquina constituye una barrera infranqueable. Al mismo tiempo, el desarrollo del sistema de sociedades anónimas ha establecido una barrera, en realidad menos clara, entre quienes dirigen la empresa y quienes la poseen. Como ha señalado el economista americano Pound, un hombre como Ford, a la vez capitalista y empresario, parece en nuestros días una supervivencia del pasado. Y, en un libro publicado en 1929, Palewski dice lo siguiente: